Cuarta época. - Núm. 72
Administración y Redacción:
Rosalía de Castro, 25. - Madrid
Madrid, 24 de diciembre de 1932
Precio: 15 céntimos

¡Pedimos responsabilidades por los sucesos de Mula, Castellar de Santiago y Solera!

RENOVACION

ÓRGANO DE LA FEDERACIÓN DE JUVENTUDES SOCIALISTAS DE ESPAÑA

El fracaso de los radicales

Lo dijo Prieto al finalizar el debate ferroviario: «Los radicales se han suicidado como partido.» Para los que veníamos previendo este desenlace, desde hace tiempo, el suceso no ha tenido nada de extraño. El radicalismo timoneado por Lerroux, con arreglo a un criterio paradojal, se venía adentrando por caminos cada vez más inextricables. Incorporada la República como régimen político del Estado español, el lerrouxismo no supo hallar en ella un acomodo. En su composición entraban elementos heterogéneos, tan dispares, que imposibilitaban el hallazgo de una situación fija, de un área política en que encuadrar la acción. De una parte, los antiguos radicales, la «vieja guardia» de Lerroux, que tenían fe en el sentido revolucionario del caudillo y le demandaban actitudes en consonancia con las olvidadas campañas orales. De otra, las nuevas falanges, residuos monárquicos que, comprendiendo la solidez de la República, querían hacerse un lugar en su seno, para seguir medrando, e hincharon el vientre de una manera desproporcionada al partido radical, que por fin ha estallado. Desgraciadamente, los primeros — los republicanos auténticos — fueron reducidos inmediatamente por la avalancha de las gentes «nuevas», envejecidas y picardeadas en los campos políticos de la monarquía. Y el caudillo, cediendo a la presión de éstas, rompió el compromiso revolucionario, abjuró de su vieja posición. Y llegó a más, cediendo a esa presión: enfocó sus baterías contra los partidos republicanos, pero especialmente contra el Socialista. Se hizo eco de campañas calumniosas para desprestigiarnos. Alentó con discursos repletos de insensateces, de torpezas, hasta de infamias, a los insurgentes monárquicos, a los conspiradores de toda laya. Había que bailarle el agua a toda la podredumbre monárquica que se venía sobre el partido radical para poblarle y destruirle a un tiempo

Desde que esa deserción sucedió, el lerrouxismo va a la caza de la crisis. La crisis se ha constituído en la obsesión mayor de los lerrouxistas. Le andan buscando las vueltas al Gobierno para tumbarle como sea, a costa de lo que sea. A los advenedizos que constituyen su núcleo principal se les daría satisfacción con que los socialistas dejaran de participar. Pues la ofensiva contra los socialistas. Cada día buscan un motivo de oposición; y cada día, también, se les vuelve en contra en la Cámara. Y al siguiente recomienzan la ofensiva: «Hoy — dicen — va en serio.» Y como al terminar el debate provocado por sus luminosos cerebros salen maltrechos, explican con gesto de incomprendidos: «Este Gobierno no quiere hacer caso de nuestras leales advertencias.» Y Lerroux, durmiendo blandamente en su casa, mientras sus chicos juegan a la oposición. Así se pasan los radicales la vida. Ultimamente han lanzado en el Parlamento dos «bombas» — que luego han resultado «de Berlín» — a las que fiaban fuerza suficiente para destruir la coalición gubernamental. La primera, relacionada con el problema ferroviario. No hemos de pararnos en el detalle, que ya comentamos en otro lugar de este número. Lo cierto es que los radicales han querido jugar con las aspiraciones legítimas de los ferroviarios para hacer una carambola política. Y que han salido deshechos. Y la segunda pidiendo, por una parte, que se fortificaran las costas, se aumentase la aviación, y por otra, que se disolviera el ejército.

Diversas conclusiones pueden extraerse de tales medidas. La principal es que los radicales quieren el Poder. Así, a rejatabla. A toda costa. Para conseguirlo no desperdician métodos ni procedimientos. Primero se presentaron como conservadores, garantizando con su Gobierno el mantenimiento del orden. Buenos muchachos, que querían pacificar al país solviantado por los socialistas. Pero ahora no tienen inconveniente en entregarse a una demagogia parlamentaria típicamente fascista. El otro día me decía un camarada extranjero: «Yo no recuerdo una actitud parecida de otro partido burgués en ninguna Cámara europea.» En efecto; los partidos burgueses democráticos no suelen entregarse a esas manifestaciones demagógicas. Pero los partidos fascistas, sí. Esas actitudes responden al criterio táctico de los fascistas. Sería curioso saber si eso en los radicales es una manifestación de impotencia y de descomposición, o es la iniciación de una trayectoria política. Porque de ser esto último, encontraríamos plenamente justificados algunos de los sucesos que han ocurrido en diversos pueblos rurales desde la proclamación de la República acá. Asaltos a alguna Casa del Pueblo, matanzas y persecuciones de elementos socialistas. Actos de vandalismo, en fin, que tienen un sabor fascista y que han sido realizados por elementos radicales. Si esto representa toda una táctica política, no hay por qué decir que los socialistas, y nosotros, los jóvenes, principalmente, responderemos con energía a esos actos. Y si no representa eso, ¿a qué viene la demagogia de última hora de los radicales? ¿Qué la abona? ¿Por qué ofrece el Sr. Lerroux a los militares monárquicos su reingreso en el ejército cuando gobierne, y por otra parte su minoría propone el desarme? ¿A qué viene eso? Nosotros creemos, como Prieto, que los radicales se han suicidado. Porque si se adscriben a una táctica fascista no les secundará mucha gente. Y habrá que pensar en destruirles. Y si siguen tanteando, jugando al bonito juego de ser radical y conservador, se van a reír de ellos hasta los monárquicos que se les han ahuyentado.

Santiago CARRILLO

Dicen que al caer de las calendas de diciembre nació el rabí Jesús de Galilea. Los hombres ricos de hoy festejan este nacimiento en la suave intimidad de sus hogares, ante la cena jugosa y abundante, sazonada de aromáticas especies, acunados al tibio calor y la sedancia tranquila de las mujeres y el arrebatado parlar de los niños. Es lo tradicional que ha inspirado tantas y tantas páginas de literatura. «El rico de labios grasientos», que decía el rabí, y el pobre moribundo por el dolor de todas las hambres y todos los fríos. Siempre el rico limosneaba con abundancia al desvalido, y al final de todas estas narraciones blancas de Navidad todo era alegre, encubriendo las miserias del mundo con un manto de falsa caridad. Pero no. Ante las tradicionales fiestas de diciembre, el pobre y el hambriento y el desharrapado es siempre desharrapado y hambriento. Los escaparates fúlgidos de luces y vituallas, los alegres rostros que van de prisa por las calles en busca de la tranquilidad del hogar, los puestos de baratijas iluminados, los orfeones infantiles, con panderos y zambombas, son la tradición que hay que derruir con la sangrienta pica de nuestra dialéctica. Cambiar ese beso tradicional ruso, en las bocas de los hombres, en el día de las Pascuas, no es del hoy. Acaso en el ayer pudiese aquello servir de algo, aunque solamente fuera para ocultar la miseria de los desharrapados. Literatura. Nada más que literatura, que es siempre el veneno de las imaginaciones, porque crea, sobre la realidad cruda, el falso espejismo del lugar común. Si acudiésemos a lo primitivo, nada justifica estas fiestas, que son fiestas de ricos. La leyenda habla solamente de un niño redentor que nace sobre las pajas de un pesebre, en un traspatio de casa pobre, aromado por el viento frío de la noche y las estrellas. Ingenuidad de romance simple e infantil para incorporar a la ingenuidad de todos los romances. Y de aquí ha venido forjando la literatura una fiesta tradicional para comer bien y reposar tranquilo cuando se tiene para comer y para reposar. La santificación del egoísmo. Porque el niño pobre que en estas calendas de diciembre nace, si recordamos la leyenda, no se desposeyó en jamás del manto de su pobreza. Lo mismo que hoy los pobres del mundo. Frente al lujoso hogar del burgués que santifica la fiesta, las falanges proletarias que la aborrecen porque solamente sirve para destacar con tonos más sangrientos la monotonía de su trágica pobreza.

Las Juventudes quitamos a estas fiestas su mito sentimental, y colocamos ante la plácida visión del hogar burgués las falanges proletarias sin trabajo que, crispando los puños y endureciendo los ojos, no esperan ya nada del cristiano rabí, ni de sus falsos epígonos, aunque celebre las fiestas y la literatura las adorne de flores sentimentales. Los proletarios del mundo entero oponen a estas fiestas sus grandes y futuras fiestas rojas de la revolución social.

El problema ferroviario

Ya en nuestro colega El Socialista *se ha señalado: la proposición de los radicales sobre el problema ferroviario, si para algo ha servido, además de para otras muchas cosas, ha sido para robustecer la posición que el Sindicato Nacional Ferroviario adoptó desde el mismo momento en que el problema fué planteado. La robusteció porque el discurso de Indalecio Prieto así quiso que fuera. Discrepamos de Prieto en algo que no es fundamental en relación a la cuestión ferroviaria; pero que, no obstante, acusa una significada importancia; nosotros juzgamos la proposición lerrouxista como de burda y baja maniobra política. Comprendemos y aceptamos las razones por las cuales Prieto, desde el banco azul, señaló lo contrario: que no se trataba de una maniobra política. Pero la existencia de ésta salta a la vista. No descubrimos nada nuevo con lo que vamos a decir; pero creemos necesario que se repita hasta la saciedad, para que todos lo conozcan. Cuando en julio del presente año el ministro de Obras públicas hizo llegar hasta la Cámara la ineludible necesidad de que se aumentaran en un tres por ciento las tarifas para con su producto arbitrar fondos con que satisfacer en algo las justas — entiéndase bien: ¡justas! — aspiraciones del personal, los diputados radicales se opusieron tenazmente a ese aumento por considerarlo excesivo. Para ello, ofrecían una solución por virtud de la cual el aumento había de realizarse en forma tal que en lugar de alcanzar los 27 millones de pesetas anuales que se han arbitrado con el aumento del tres por ciento, sólo se arbitrarían ¡siete! Nuestra indignación sube de punto cuando señalamos esta maniobra lerrouxista. Porque si los 27 millones que ahora se recaudan anualmente no sirven para dar satisfacción a los anhelos del personal, ¿qué ocurriría si fueran siete, como los radicales proponían?*

Nos remitimos, en este caso concreto, al juicio del lector, en la seguridad de que coincidirá con nosotros en la apreciación del mismo. Pero hay otro aspecto de la cuestión que nos interesa subrayar. Nos referimos a la pretensión de los radicales de presentarse como agitadores de un conflicto cuya explosión, para ellos, es inminente. Mucho tendríamos que decir sobre el particular si no bastara por sí solo el discurso de Prieto. El Sindicato Nacional Ferroviario lo ha dicho desde un principio y no se cansa de señalarlo: para él, la única solución, la solución que puede poner término feliz a lo que se llama problema ferroviario, es la de la nacionalización de los ferrocarriles. Otra que se pretendiera, dadas las circunstancias económicas de las Compañías, sería siempre de tipo mediocre, semejante a la ahora existente. Creemos que no tardaremos mucho tiempo en ver a los gobernantes españoles — éstos u otros — afrontar, desde ese punto de vista, el problema. Y ya veríamos entonces cómo se manifestaba y pronunciaba el partido que acaudilla Lerroux. Sería él entonces quien se opondría con todas sus fuerzas — moral y materialmente muy ínfimas — a la nacionalización, como en julio del año actual se opuso al aumento del tres por ciento en las tarifas por considerarlo excesivo. No puede seguir la minoría radical, como hasta aquí ha venido haciendo, jugando con el equívoco. Se es o no se es. No se puede ser reaccionario hoy y mañana aparecer más extremista que los propios sindicalistas. «Un partido como el radical—ha dicho Maura recientemente—no puede "cambiar de chaqueta" a cada momento.» Y esto es lo que viene haciendo el lerrouxismo. Su posición nunca es clara, diáfana; le ocurre con su posición lo que con la decencia y honradez de gran número de sus componentes. El lerrouxismo ha perdido una gran batalla. Una batalla de la que ha salido escalabrado. Lo contrario de lo que ha ocurrido a Prieto y al Sindicato.

¿Declararán los sindicalistas la huelga general, como tienen anunciado, el día 1 de enero? Podemos estar tranquilos. Quien ese día tenga necesidad de realizar un viaje puede llevarlo a cabo con absoluta tranquilidad. No ocurrirá nada. Todo lo que se pretenda en este aspecto, si no cuenta con el asentimiento y ulterior solidaridad del Sindicato Nacional Ferroviario, está abocado al fracaso, inminentemente. Y tal ocurre con los propósitos de la C. N. T. Declararán la huelga; pero como si no. Las Zonas del Sindicato, numerosísimas, permanecerán fieles a él. Testimonios existen que así lo indican. Es más: no sólo no se lanzarán a la huelga, sino que harán frente a posibles actos de sabotaje que pretendan perpetrarse, seguros así de servir más austera y serenamente sus reivindicaciones de clase. Y el triunfo que con ello se señalará el Sindicato será grande. No las Compañías, nuestras enemigas, ni el mismo Gobierno. El que el día 1 de enero no se produzca alteración ninguna ni se paralicen los servicios ferroviarios se deberá al Sindicato. Lo que servirá, a su vez, para hacer comprender a las Compañías la conveniencia de creer al Sindicato poseído de la autoridad que tiene, para llegado el momento en que el Sindicato tenga que enfrentarse con ellas.

¡Leed y propagad EL SOCIALISTA!

FANTOCHES DE GUIÑOL

Divertido Congreso de obreros católicos

No es una entelequia. El Congreso de obreros católicos se ha celebrado, ergo los obreros católicos existen. Confieso francamente que, para mí, el obrero católico era solamente un truco empleado por los periódicos ultramontanos para darse tono de preocupación por las cuestiones sociales. Claro es que pueden argüirse las fotografías que con el título de «El culto abogado Sr. Zutánez rodeado de obreros católicos, en el Centro Fe y Proletariado, después de su conferencia "Carlos Marx es un mito"», u otros idóneos que aparecen de cuando en cuando en revistas burguesas. Pero, entre nosotros quede, a mi juicio, las tales fotografías no son más que combinaciones. Y si no, obsérvense todas ellas: siempre las componen veinticinco señores, tres con boina y alpargatas, y veintidós de sombrero de copa. El método de recolección de individuos con alpargatas es muy sencillo: «Pepe — le dice un señor fundador del círculo proletario La Virginidad de María Trabajadora a su ayuda de cámara —, agénciate una boina y el traje con que limpias las estufas y la caldera de la calefacción, procura no lavarte la cara muy escrupulosamente y llégate esta tarde al Centro con esa indumentaria. ¡Te van a hacer una fotografía!...» Y Pepe acude a la cita con otros dos Pepes más, reclutados en idénticas condiciones, y los tres se mezclan a los veintidós señores de sombrero de copa para producir un efecto armónico y despistar. Claro es, ya no vale decir que en el Centro católico no hay afiliados proletarios, porque el contradictor dirá señalando con el dedo: «¿Eh? ¿Y ésos?» Efectivamente, con ojos de buey manso, cualquiera de los tres Pepes de boina y pelliza mirará apacible al frente, como quien cumple una sagrada misión.

Mas, pese a las fotografías, los obreros católicos se dice que existen. Se dice, claro es, por el A B C. Que desapareciera o no desapareciera la especie, al final de la época terciaria, con el «mamout» o el «diplodocus», es cosa que resta para los investigadores. Nosotros nos atenemos a los hechos, y, verdadero o fingido, he aquí un V Congreso Nacional de Obreros Católicos convocado por la Confederación Nacional de Sindicatos Católicos Obreros, que acordó en la semana pasada cosas de gran importancia para la revolución proletaria. Nosotros solamente queremos dar a conocer una de ellas, en forma de ponencia para solaz y recreo de los lectores. Dice así:

«En nombre del bendito y alabado Sacramento del Altar, nosotros, los obreros revolucionarios de boina y alpargatas y pantalones de dril, hemos acordado rezar todos los días doce padrenuestros socialcatólicos para que los proletarios vengan al buen camino de Jesús y se chinchen los socialistas, burgueses estafadores del proletariado. Esta labor, repetida constantemente durante un año, dará lugar a que el Papa, presidente honorario de nuestra Confederación, nos conceda indulgencias plenarias.»

Así se hacen las revoluciones, ¿eh?...

DIOGENES

(Vale) ¿Y por qué en todas las fotografías, en último plano, aparece siempre un cura? ¿Es la «marca de fábrica», que nos decimos por aquí?

El Estatuto gallego

Quiénes son los líderes autonomistas

II

Lo anunciamos en nuestro anterior artículo de esta serie: en éste escribiremos sobre quiénes son, políticamente, los hombres que en Galicia se distinguen en su deseo de conseguir un régimen de autonomía para aquella región. Una advertencia previa: que los socialistas gallegos, como en el resto del país, sepan que se producen las posibilidades más indispensables por virtud de las cuales pueda concederse a todas las regiones un régimen autonómico. Este punto de vista nuestro lo sostiene en Galicia un núcleo importantísimo: el partido republicano gallego que acaudilla Santiago Casares Quiroga. Y ésta ha sido la posición que en la reciente asamblea de Ayuntamientos en Santiago sostuvo el diputado socialista Edmundo Lorenzo, en representación del resto de los parlamentarios gallegos. Vino a decir lo que nosotros sostenemos: que el Socialismo respetará todo movimiento autonomista que se produzca que sea la expresión sincera del pueblo de Galicia; pero que por nuestra condición de socialistas internacionalistas no nos creemos en el caso de contribuir a levantar este sentimiento si éste, repetimos, no existe ya. En tal asamblea se ha aprobado el proyecto de Estatuto. Cumpliránse los trámites indispensables para ello y no tardaremos en ver a la Cámara constituyente enzarzada en la discusión del problema. Yo presumo que Galicia va a poseer su Estatuto autonómico antes de lo que todos pudiéramos prever. Pero Galicia, al igual que nosotros, ve con recelo ese Estatuto. Vemos quiénes son sus más decididos defensores en estos instantes para justificar sobradamente ese recelo que apuntamos. Son gentes que antes de proclamarse la República nadie sabía de su existencia; ni de su existencia ni de sus trabajos encaminados a conseguir la derrocación del régimen monárquico. Vamos a verlo.

Podemos decir que son cuatro los que de continuo explotan la autonomía gallega: Ramón Suárez Picallo, Alfredo R. Castelao, Ramón Otero Pedrayo y Manuel Portela Valladares.

El primero, un joven a quien el autor de estas líneas estima, pese a que no les une amistad alguna, que regresó de América, donde residía, a raíz de proclamarse la República para obtener, inmediatamente de llegar, un acta de diputado a Cortes por La Coruña. Sabemos que allá en América se distinguía como socialista, en cuyas filas estaba enrolado. Pero en España no creyó oportuno — él sabrá por qué; nosotros sólo lo sospechamos — seguir llamándose socialista, y se ha enrolado en un partido regionalista tipo «Ezquerra» catalana, cuyas concepciones ideológicas son, hoy por hoy, profundamente reaccionarias. Separóse incluso de Casares Quiroga, pese a que el partido acaudillado por el actual ministro de la Gobernación es de tipo regionalista, como el galleguista ahora inventado. El segundo, Alfredo Rodríguez Castelao, buen artista; pero nada más. Políticamente jamás ha actuado. Actúa ahora dentro del mismo partido galleguista. ¿Republicano? ¡Ah!, él no sabe. No sabe si es republicano o monárquico. A él sólo le interesa saber que es galleguista. Lo demás, la posición política, debe de ser para él algo insignificante cuando no sabe si es republicano o no. Claro que los hechos siempre evidencian lo que uno es. Y los hechos han probado hasta aquí que Castelao es hombre enemigo de la República. Ocúrrele, a nuestro juicio, lo que al periódico vigués del cual depende — El Faro de Vigo —, periódico profundamente católicomonárquico y por medio del cual Castelao deleita a la opinión con sus clásicas «Cousas da vida», caricatura la que casi a diario constituye un ataque solapado contra las instituciones republicanas del país.

Sigue la relación. Nos encotnramos con Ramón Otero Pedrayo. Como los dos primeros, galleguista. Su significación política es, al igual que la de Castelao, ignorada. Y, al igual que el otro, aunque ignorada, conocida. Cuando se votó en la Cámara la disolución de la Compañía de Jesús, recordamos que el diputado catalán señor Carrasco Formigueira se pronunció, consecuente con sus sentimientos católicos, en contra de la disolución, actitud que fué secundada por Otero Pedrayo, quien al explicar su voto hacía protestas de su fe católica y, muy veladamente, de su espíritu reaccionario.

Y llega el Sr. Portela Valladares. La provincia de Lugo podía hablar de este señor por nosotros. La provincia de Lugo; toda Galicia. Fonsagrada singularmente. Portela Valladares es hoy en Galicia, junto con Emiliano Iglesias, aun cuando su actuación no sea conjunta, quien mejor encarna la política caciquil de políticos tan tristemente célebres en Galicia, y en el resto del país, como Bugallal, Calvo Sotelo, etc. Es el Sr. Portela Valladares el continuador más significado de la obra de aquellos inmoladores de la democracia y de la libertad. Es el ex ministro monárquico — recuérdese que Portela Valladares era ministro de Fomento en el último Gobierno constitucional de la monarquía, aquel Gobierno que se rindió cobardemente a la bota de montar de Primo de Rivera—, el hombre cuya ejecutoria política no es ni ha sido jamás republicana. Y éste sí que es de los que propugnan por la autonomía no por convicción, que no la tiene, sino porque ve en la autonomía el camino abierto para erigirse en dueño absoluto de aquellas tierras y con ello mantener más eficaz y brutalmente su caciquismo.

Ya queda señalado quiénes son los líderes del movimiento autonomista en Galicia. A excepción de Suárez Picallo — ¡grave error el de este hombre seguir a los tres restantes!—, podrán apreciar nuestros lectores que es justificado el recelo que se siente en Galicia. El Estatuto, una vez votado por la Cámara, irá a parar a sus manos. Y ¡pobre Galicia cuando ese momento llegue! Claro que tenemos confianza en nuestras organizaciones socialistas de aquella región, que impedirán que al socaire del Estatuto se establezca en tierra galaica un tinglado caciquil por los Sres Pedrayo, Castelao y Valladares, más odioso, más brutal, que el que ahora tiene establecido el último de los tres señores citados.

GOPIS

¡Luz, más luz!

A la camarada Aurora Arnáiz, afectuosamente.

Es indudable que uno de los problemas que con más cariño y entusiasmo están tratando de resolver los hombres de la República es el de la enseñanza.

Pero todavía es poco para lo que hay que hacer. Se ha laicizado la escuela; se ha implantado el sistema de coeducación, medida ésta que por mucho que se alabe siempre será poco, y, en fin, se han realizado numerosas y encomiásticas introducciones y mejoras.

Mas falta todavía por conseguir lo primordial: unificación de la escuela, en la que se estrechen los vínculos de solidaridad; enseñanza gratuita para todos sus grados; roperos y cantinas escolares, y otras medidas relativamente importantes.

Hay que darse cuenta de la importancia que para una nación tiene la cultura. Sólo de este modo podrá comprenderse el gran valor de la escuela.

En ella se han de abrir los postigos de la inteligencia para que holgadamente pueda penetrar la luz en el cerebro del niño. Y que esta luz llegue a todos. Al hijo del burgués como al del proletario.

Todo lo necesario para las comodidades del hombre lo ha acaparado la burguesía. Para ellos la abundancia y el bienestar; para el proletariado la miseria, con todo su cortejo de desventuras.

La cultura, base del engrandecimiento de los pueblos, se consigue mediante la enseñanza, y ésta no ha de ser patrimonio de una clase social, sino que ha de ser asequible a todos, sin distinción de matices. De este modo llegará el que tenga vocación y aptitud. O sea que la capacidad intelectual vencerá a la económica.

La escuela tiene que hacer hombres de conciencia sana y noble. Hombres que comprendan las injusticias sociales; que sepan discernir el bien del mal, y que comprendan el horrendo crimen que es el de las guerras.

La juventud actual tiene que desempeñar un papel importantísimo en un futuro muy próximo. Y principalmente nosotros, los jóvenes socialistas, hemos de tener deseos fervientes por adquirir cultura, para que con todo entusiasmo pongamos nuestra inteligencia en propagar y hacer que lleguen hasta los lugares más recónditos de la nación los ideales culturales y socialistas.

Hacer que la masa trabajadora se eduque y capacite, pues sólo de este modo las reivindicaciones de clase dejarán de ser angustiosas esperanzas para convertirse en feliz realidad.

Y así, nosotros, plagiando el último pensamiento que en el ocaso de su existencia se le ocurrió a aquel poderoso y excelente escritor que se llamó Goethe, pidamos también, en el alborear de nuestra vida: ¡Luz, más luz!

F. PELLUZ RIVAS

Murcia.

Temas marxistas

La máquina, contra el hombre

Uno de los mejores métodos de propaganda y afirmación socialista consiste en presentar crudamente, al desnudo, las lacras del sistema económico capitalista, enfrentándolas con las soluciones socialistas; no dejándonos llevar por un utopismo vago, que no sólo no conduce a nada práctico, sino que es altamente perjudicial, y siguiendo, por el contrario, una ruta ya iniciada por Marx al adaptar a sus trabajos la dialéctica hegeliana. Esto es lo que nosotros nos proponemos ahora, y por ello escogemos como tema el del maquinismo, por ser uno donde más claramente pueden apreciarse las fases de la dialéctica marxista.

Entre las primeras afirmaciones de la economía política se encuentra la de que el hombre no puede con sus solos medios naturales satisfacer completamente sus necesidades. Precisa para ello el auxilio de instrumentos, de artificios que le faciliten el trabajo: de máquinas. La máquina es, pues, un auxiliar del hombre, su complemento indispensable en la diaria tarea de arrancar a la Naturaleza el sustento. Algo beneficioso en un grado del que no podemos darnos exacta cuenta. Baste para ello imaginarnos al hombre primitivo, al hombre prehistórico, sin más recursos que los que pudiera allegar por sus propias manos. Su diaria tragedia para obtener un poco de caza o pesca. Pues bien; todos los adelantos técnicos que el hombre civilizado encuentra a su servicio son realizados por medio de máquinas, y, por consiguiente, si ha llegado a los extremos de civilización en que se encuentra es gracias al empleo de la máquina.

La máquina es — debe ser — el mejor amigo del hombre. Tal es el fin histórico que se le ha asignado. ¿Es esto así? Rotundamente no. En la organización económica actual la máquina no sólo no llena su puesto de suplir y aliviar el trabajo humano, sino que se vuelve contra los propios trabajadores, devorándolos entre sus engranajes. El maquinismo provoca en último término el paro, la baja de salarios y, como secuela, la depauperación de la clase proletaria y su degeneración acelerada, ocasionando al mismo tiempo una crisis, siempre creciente, de subconsumo. Es la clásica bola de nieve que en su incesante rodar va aumentando el volumen constantemente. De aquí que la primera reacción del proletariado ante la máquina sea de odio y que intente su destrucción por todos los medios.

Sin salir fuera de España tenemos los ejemplos de los campesinos andaluces destrozando las máquinas agrícolas, por ver en ellas al más próximo enemigo, al que lo arroja al paro forzoso. Pero la lucha del hombre contra la máquina no es un fenómeno de nuestros días, sino que aparece en el mismo momento en que la máquina ocupa el lugar preeminente que ahora goza, desplazando al trabajo manual. Así, coincide con los comienzos de la industrialización inglesa, a mediados del siglo XVIII. Se generalizó entonces la cruzada contra la máquina, plasmando en el llamado movimiento ludista, por ser Ludd su iniciador. Inmediatamente, en 1769, se dictó una ley que castigaba con la muerte los actos de sabotaje, y que fué aplicada con rigor. Pero el movimiento siguió, demostrando que era un fenómeno connatural con las condiciones en que se desenvolvía la existencia. ¡Como que enjuiciado con un criterio sociológico no podemos ver en él sino una manifestación de la darviniana lucha por la vida!

Este fenómeno del maquinismo es de los que más claramente muestra el móvil económico que guía los actos humanos y el insaciable afán de ganancias de la clase capitalista, que no vacila en arrancar un interés, una utilidad mayor aún a costa del relativo bienestar del proletario. Así, si se aplica a una industria un nuevo adelanto técnico que reduce la mano de obra, el beneficio que de ello obtiene el empresario sobrepasa los gastos de entretenimiento y amortización de la nueva máquina, y aun de interés por el capital fijo que ésta representa, aunque este último no lo podamos admitir nosotros los socialistas por representar una fuente de riqueza distinta del trabajo. Pero a pesar de los efectos de la instalación de la máquina — paro, aumento de la miseria entre los obreros, etc. —, el capitalista no vacilará en emplearla, por suponerle un aumento de sus utilidades, aunque en definitiva este acrecimiento provenga de la menor cantidad de mano de obra empleada.

Vemos cómo la máquina, en el sistema capitalista, perdiendo por completo el carácter con el que fué creada y situándose en el polo opuesto, se enfrenta al hombre. Vemos también cómo el obrero, percibiendo claramente este cambio, manifiesta con rotundidad su enemiga hacia la máquina, tratando de destruirla, sobre todo en las épocas más agudas de las crisis, cuando se siente atenazado por el paro y ve el fenómeno en toda su amplitud. ¿A qué se debe esto? Sencillamente, a que el capitalista ha equiparado, en el fondo, la máquina al obrero. Tanto una como otro, dice, producen, con la ventaja a favor de la máquina de que ésta no pide salario ni reivindicación alguna. Se olvida el que así piensa de que el obrero es también un hombre y que, por tanto, tiene necesidades que satisfacer y fines que cumplir. Y fué precisamente fijándose en este enfrentamiento del hombre contra la máquina por lo que Marx predijo el advenimiento del Socialismo como última etapa de la evolución del régimen capitalista, porque en este estadio la lucha hombre-máquina habrá alcanzado extremos tales que sólo se podrán resolver sus antagonismos devolviendo a la máquina su prístino carácter de servidora del hombre, y no de competidora que ahora tiene.

Fácilmente se comprende que el retrotraer la producción maquinizada a una relación de congruencia con las leyes naturales no es tarea que pueda cumplir el capitalismo. No lo es porque la misma base, la medula del sistema capitalista se basa en esta explotación de la máquina y en la opresión subsiguiente del proletariado.

Ya lo hemos visto. Para ello es necesario un régimen económico en que el trabajo no constituya una mercancía sujeta a las leyes de la oferta y de la demanda, y donde los medios de producción y cambio se encuentren socializados, para evitar que el empresario, cegado por la plusvalía obtenida, ponga a los obreros en trance de aborrecer la máquina.

Este régimen es el Socialismo. Sólo en él y mediante él puede obtenerse esa maravillosa síntesis que adscribe al hombre a la máquina no como un esclavo, sino para formar un todo armónico dentro de su complejidad. Sólo en el Socialismo se librará el hombre de su forzado enemigo la máquina, y sólo entonces podrá apreciar hasta el fin su beneficiosa influencia. Casi no es necesario aducir el ejemplo de Rusia, donde se ha llegado a la deificación de la máquina: el tractor ha sido la piedra clave donde descansaba la compleja construcción del plan quinquenal. En folletos, estadísticas, libros, conferencias, gráficos, etc., se ha exaltado la industrialización del país, su maquinización. Y es porque el obrero ruso, el campesino de la comuna, ven en el motor o en el tractor el compañero de trabajo, que les ahorra no poco esfuerzo y les facilita la tarea. Y algo de esto que ahora sucede en la Unión Soviética ocurrirá en el régimen socialista. Sin llegar a convertirse en mito la máquina, ocupará el lugar que le corresponde, con su carácter propio de compañera y auxiliar del proletario, en vez de ser como ahora causa importante de su malestar y de su ruina.

José LAIN

La fuerza pública

Quienes leyeran nuestro artículo aparecido en estas mismas columnas y publicado hace dos semanas comprenderán que nuestros vaticinios han sido cumplidos, y con harto dolor para nosotros.

En ese artículo decíamos, y decimos hoy, que la República no había fracasado; pero que, en cambio, sí fracasó un cuerpo del Estado republicano: el de la guardia civil.

Llegar a esta conclusión supone para nosotros un dolor inmenso, porque no quisiéramos, ni en lo más mínimo, rozar la noble actuación general de la República con la pérfida de algunos elementos que integran los organismos de la misma.

Sin embargo, tenemos que hablar, y al hacerlo no hemos de dejar en el tintero aquello que se puede esparcir con la pluma.

¿Qué hemos de decir? ¿Cómo hemos de delimitar la fuerza pública del Estado para no herir a éste y fustigar a aquélla?

Cierto, ciertísimo que la fuerza obedece órdenes del Estado constituído. Cierto también que el Estado ha de proceder con el máximo rigor cuando de garantir el derecho de la justicia se trate. Pero éste no es el problema.

No puede serlo porque los obreros, los campesinos, los que producen y trabajan, aquellos que, precisamente, hicieron posible la instauración de la República en nuestro país, no pretenden perturbar la obra bienhechora de la justicia, sino que, por el contrario, lo que desean es afianzarla.

Quienes en un pueblo piden el cumplimiento de las leyes sociales sobre laboreo forzoso, policía rural, Bolsas de Trabajo, vacaciones pagadas, Jurados mixtos, etc., es evidente que no merman para nada el prestigio de la autoridad y sí pretenden el afianzamiento de la justicia.

Y a éstos precisamente es a los que, en premio a su vigilancia en la observancia de las leyes, se les castiga por el cuerpo de la guardia civil con el máximo rigor.

Los obreros de Castellar de Santiago no eran hombres impulsivos ni demagógicos. Eran y son camaradas conscientes. De no ser así, lo de Castellar hubiera tenido fatales consecuencias. Fatales, porque a los obreros de Castellar de Santiago les sobraba fuerza para aplicar la justicia por su mano.

Y no lo hicieron esperando, sin duda, que la justicia republicana dé su merecido a los autores de tales asesinatos.

En Mula ocurrió tres cuartos de lo mismo. Dos obreros cayeron para no levantarse jamás, y siete heridos continúan en grave estado, esperando que salgan con bien de tan dolorosa prueba.

¿Y qué ha pasado?

Pues ha pasado que nadie se sublevó. Ninguna dama histérica protestó de asesinatos tan repugnantes como los ocurridos en Castellar de Santiago y en Mula.

Sólo los obreros, generosos y nobles al fin, dejaron oír su voz de protesta. Y de entre estas voces de protesta surge soberbia la Federación Provincial de Sociedades Obreras de Ciudad Real, quien declara en toda la provicia una huelga general, en la cual no hay una sola víctima ni un solo disgusto.

Si los proletarios de Ciudad Real hubiesen procedido como los caciques y otros elementos que les amparan, es seguro que durante la huelga general de aquella provincia hubiesen aparecido colgados en las farolas y en los árboles más de cuatro taimados cacicuelos.

Ni en Castellar, ni en Mula, ni en ningún pueblo de España se ejerció represión contra estos elementos. Ello solo dice más, mucho más, que cuanto pudiesen decir nuestros enemigos.

Sin embargo, recordemos lo de Castilblanco. Todo eran protestas, gritos histéricos. Aquellos obreros eran poco menos que seres llegados del averno.

¡Qué farsa existe en los pueblos y en la Humanidad!

Las campanas de la reacción se lanzaron al vuelo pidiendo justicia

(Continúa en la pag. 3.)

Hemos prometido hablaros a los ferroviarios, en estos momentos de barullo y de confusión, acentuando el lenguaje sincero que acostumbramos a emplear cuando a vosotros nos dirigimos. Y con absoluta sinceridad proclamamos que se engañan cuantos de buena fe consideran la huelga útil y conveniente en los presentes momentos para conseguir consolidar o incrementar el aumento de retribución. Y conste que al hablar así no pensamos en la caricatura de huelga con que intentan sindicalistas y comunistas epatar al país; queremos referirnos a una huelga de verdad, a la que pudiera producir un acuerdo de nuestro pujante y admirable Sindicato. Pues bien; una huelga de este tipo, que brindaría al personal ferroviario infinitas seguridades de conservar lo que tiene, no lograría aquellos objetivos en estos momentos, de inmensas dificultades en la economía nacional y de verdadera tragedia para muchos de los trabajadores españoles.

No renuncia el Sindicato Nacional Ferroviario, por cuanto antecede, al empleo de la huelga como arma eficaz para la consecución de sus objetivos. Pero el Comité nacional declara que actualmente, ante el panorama desolador que ofrece el país en el orden económico, y después de haber logrado positivas ventajas para el personal, a la vista de un futuro halagador que se le ofrece al Sindicato para el desarrollo de sus más preciadas aspiraciones, declarar una huelga general en ferrocarriles sería desplazarse del terreno a que obliga la realidad, desconocer lo que cuesta crear el patrimonio de una verdadera organización, perder el buen concepto ante los trabajadores que luchan conscientes de la misión social a ellos encomendada. Y todo esto ni lo sienten, ni lo quieren, ni lo hacen los ferroviarios españoles, por cuya razón le está vedado a nuestro Sindicato Nacional.

(Del manifiesto dirigido a los ferroviarios por el Sindicato Nacional.)

Tres ensayos

Dictadura y democracia

En el anterior capítulo dejamos, quizá un poco vagamente, expuesta una afirmación que, para bien de nuestro ensayo, conviene aclarar. Decía, refiriéndose a las Constituciones: «Nosotros, los jóvenes, nos desinteresamos de ellas, porque, en el fondo, no son más que papeles en blanco en los que la democracia burguesa escribe lo que quiere.» Pero, hay que fijarse bien, hacemos caso omiso de ellas en su finalidad, mas no como medios dialécticos para nuestro triunfo de partido de clase. Es decir, no desdeñamos la Constitución como arma de garantías en lo que de esto supone; pero sí la desdeñamos en lo que supone de detención en el proceso revolucionario. En esto distinguimos nuestra táctica de la seguida por la Tercera Internacional. Menguados partidos de clase, desde luego, aquellos que esperan conseguir todo de una Constitución democrática; pero menguados partidos también los que fían toda su labor revolucionaria a una acción unilateral. Con unos y otros será el fracaso, porque lo que en los primeros se convertirá en oportunismo reformista, en los segundos será fiebre infantil de la revolución, el sarampión del marxismo, del que ya algunos comunistas han sabido hablar.

La Constitución es un arma de garantías; pero es también un arma de doble filo. El partido de clase que se amolda al estricto articulado de una Constitución es como manso animal que, perdida su libertad, se acoge a la protectora mano que se le tiende. Quizá parezca una exageración sentimental esto que voy a decir; pero no por ello deja de ser cierto. El ave de alas cortadas que se guarda en el traspatio de una casa solariega ganó la tranquilidad para buscar el sustento y para librarse de los peligros de volar por el monte a costa de sacrificios al hombre que la mantiene. El partido de clase guarecido en la democracia constitucional ha dejado los penosos azares del revolucionarismo extralegal; pero será víctima inmolada por la misma legalidad. Vuelvo a repetir que esto no es un ataque directo y sañudo a las Constituciones, sino una prevención. La democracia como medio para llegar a la dictadura y devenir ésta nuevamente en democracia, como expuse en el capítulo anterior. «La república democrática es condición específica para la dictadura del proletariado», expuso Engels en la conocida carta a Carlos Liebknecht, publicada, al exhumar papeles del filósofo francés, en la Neue Zeit. *Es decir, condicionar la república democrática a la dictadura proletaria, al Socialismo de Estado. Después habla Marx del Socialismo democrático integral. Es decir, de la democracia en el Socialismo (no el Socialismo en la democracia). Mas, a mi juicio — corto y rectificable juicio el mío —, Marx, al decir esto, daba a la palabra* democracia *su amplio valor etimológico:* Demos, *pueblo;* Cratos, *fuerza o poder. Poder del pueblo. Gobierno en que el pueblo ejerce su soberanía. Y la soberanía del pueblo, para Carlos Marx, era la soberanía de la clase trabajadora. De modo que el Socialismo democrático era el ideal a producirse después de sucesivos avatares revolucionarios, en que todo el pueblo, toda la nación, aun toda la Humanidad, sin excepción, está acogida a la nueva estructuración política, moral y económica que supone el marxismo, verdadera y nueva civilización.*

Lo demás es falsificación del sentido marxista de la democracia. A los jóvenes nos compete airear esta bandera para que en nuestras falanges no quepan equivocaciones de ninguna especie. Por eso, en el capítulo pasado me he complacido en recalcar, aun a trueque del asombro que pueda producir en algunos compañeros, la verdadera posición de la dictadura y la posición verdadera de la democracia. Que no se nos pueda tildar a nosotros nunca de demasiado complacientes con el sentido demócrata burgués. En estas horas de verdadera responsabilidad histórica para el Partido Socialista es menester dedicar miradas al futuro para no encerrarnos demasiado en el presente. Sobre todo por este pleito interno de táctica que en nuestros cuadros hay — colaboración y oposición —, tan desacertado en sus exposiciones. Colaboración, dicen unos, creyendo que la colaboración en una república democrática es la conquista *de la democracia tan aireada por los maestros. Oposición, dicen otros, en la creencia de que el juego parlamentario legal dentro de la democracia es la consabida conquista. La colaboración constante y la oposición constante, sin puntos de inferencia la una en la otra. Y esto es profundamente equivocado. No, sino* conquista del Poder *rápidamente para la clase trabajadora, procurando colaborar cuando el colaborar sea necesario, y hacer de oposición cuando esto sea necesario también. Pero teniendo como fin la conquista del Poder, y como medios, la oposición y la colaboración; no como fines únicos y exclusivos — si así no es, por lo menos lo parece en algunos compañeros — estos dos problemas de táctica, que no son más que eso: táctica.*

De modo que vamos dando aquí, creo que acertadamente, claridad en el problema, que es muy confuso y complicado. Y lo bueno es que seamos las juventudes quienes lo hagamos. Quizá se me pueda reprochar de una excesiva confianza en la juventud, un crédito grande abierto a ella, que va en menoscabo de la generación madura. Pero de esto hemos de hablar también al transcurso de estos ensayos.

S. SERRANO PONCELA

Temas sindicales

De poco tiempo a esta parte se producen en nuestros Sindicatos, con inusitada frecuencia, hechos que en nada benefician a la clase trabajadora. El origen de ellos es la actitud, francamente demagógica, de los elementos del llamado «grupo de oposición sindical revolucionaria». Se pretende, con grave error, a nuestro juicio, lanzar al proletariado a movimientos constantes, sin ningún fin práctico. Reciente está el caso del Sindicato Metalúrgico El Baluarte, en el que se acordó, merced a los votos comunistas, lanzar a la huelga a tres mil obreros de cerrajería, como solidaridad con los huelguistas de La Reposición. Aún hay más: los zapateros madrileños, cuya Directiva está compuesta por elementos que se dicen comunistas, han acordado la huelga general. ¡Y en qué momentos! Con una crisis de trabajo extraordinaria, con un número de obreros parados crecido, con las cajas de la organización — como le ocurre al Sindicato Metalúrgico — exhaustas. En estas condiciones organizan sus «luchas de masas» los comunistas. Y lo lamentable es que algunos de nuestros camaradas se dejan llevar de la dialéctica demagógica de los elementos irresponsables.

Frente a esta actuación desastrosa es preciso, indispensable, que los jóvenes socialistas hagan notar su actuación decidida. No es ésta la primera vez que he dicho que no consiste ser socialista en llevar un carnet rojo en el bolsillo. Hay que cumplir minuciosamente todos los deberes que la organización impone. Los Grupos Sindicales Socialistas, uno de los factores para nosotros importante, pueden servir de mucho y pueden no servir para nada. Todo depende de la forma en que actúen nuestros camaradas. Hay que ser socialista en todos los momentos de nuestra vida. Y por encima de todo colocar el ideal. Así se podrá conseguir que nuestras organizaciones no estén a merced de lo que quieran hacer con ellas los inconscientes e indocumentados. Hay que actuar en los Grupos Sindicales. Y acudir a las asambleas. Porque es en ellas donde se puede contrarrestar la actuación de los elementos que, no contando con argumentos que oponer a los nuestros, han de recurrir siempre, indefectiblemente, a la injuria o al insulto.

Es muy conveniente que los jóvenes socialistas vayan pensando en que su actuación en los Sindicatos sea hoy más decidida que nunca. Preocuparse de los problemas sindicales, discernir sobre las diversas cuestiones que tiene planteada la organización sindical, debe ser uno de los más elementales deberes de las Juventudes Socialistas. Conviene, a tal efecto, que recordemos el acuerdo adoptado en el Congreso de la Federación de Juventudes Socialistas en relación con la cuestión sindical. Se dice en algunas de sus conclusiones:

«Participación juvenil en los Sindicatos y organizaciones obreras.

Reconociendo la Ponencia que dentro de las organizaciones obreras hay elementos enemigos de la Unión General de Trabajadores, es deber de los jóvenes socialistas realizar una labor práctica para evitar estas fracciones.

Fomento de los Grupos Sindicales Socialistas.»

Estos acuerdos del Congreso de las Juventudes Socialistas obligan a todos los camaradas a cumplir con sus deberes sindicales. No es, pues, una dialéctica que nosotros usemos bajo nuestra sola responsabilidad. Son las Juventudes Socialistas, reunidas en Congreso, las que señalaron estas obligaciones de todos los jóvenes camaradas.

Isidro R. MENDIETA

Extremeñas

En el remanso sereno de la vida campesina se representa de tarde en tarde el drama del hogar sin pan, sin luz, sin calor... Es algo así como la formación de las tormentas precedidas de un cielo obscuro, de un paisaje borroso, donde no se siente más que el silbido del cabrero llamando sus cabras al aprisco. Muchos hogares, sin pan y sin luz, llevan muchos años llamando la atención de los Gobiernos para que supriman del programa de invierno la representación del fusilamiento de los hambrientos que roban bellotas. No es la pasión que se desata.

Este drama es conocido de los hombres hace muchas centurias, y nunca se ha querido suprimir de él la muerte de la abeja laboriosa. El amo, el cacique, el cura, el maestro, la guardia civil..., todos, absolutamente todos, saben de la tragedia de los campesinos extremeños, y ninguno hizo nunca nada por despertarlos a la luz, a la civilización. Todo lo contrario. El «amo», con su poder, siempre los tuvo sometidos a la explotación y a la usura; el cacique, con sus engañifas, siempre burló los derechos que como ciudadanos les correspondían; el cura—el misionero de la paz y del amor—, contándoles cuentos «chinos» para que Dios no los castigase después de trabajar día y noche para el «amo»; el maestro, sin instrumentos de enseñanza, echado en manos del cacique o cultivando un huerto, porque el Estado lo tenía muerto de hambre, y la guardia civil, ¡ah la guardia civil!... Esta siempre estuvo al servicio de los «amos» para que persiguiera a los ladrones hambrientos y prestase guardia en los palacios de los magnates que roban el sudor de los que producen.

¿Por qué has venido, Civilización? Estos señores de vidas y haciendas te odian y creen que no es justo tu proceder. No pueden creer que un pastor, un simple pastor, sea tan feliz como ellos cuando el pan moreno no falta en su zamarra, cuando un madero caldea su hogar, y en las noches, cuando arreglan sus aperos, vayan a escuchar lo que dicen unos misioneros que ha mandado la República a estos pueblos, para que vean el cine, escuchen un recital de poesías, contemplen la civilización...

Luis ROMERO

Cáceres.

(*Continuación de la pág. 2.*)

ejemplar para esos pobres hombres incultos, producto de la sociedad capitalista.

¡Ah! Los caciques de Castellar de Santiago no son como aquellos obreros. Después de cometer unos asesinatos repugnantes, la caverna no pide justicia ejemplar, ni las campanas se echan al vuelo.

Al lado de estas cosas señalemos la actuación de la guardia civil; señalemos su actuación con la imparcialidad debida. Y si la analizamos llegaremos a una conclusión bien elocuente. Y es ésta: que la guardia civil fracasó. Que debe ser disuelta. Que en su lugar se debe constituir un cuerpo de elementos republicanos, prescindiendo en absoluto de todos aquellos elementos de la guardia civil que regaron el suelo de sangre obrera por atender así las órdenes de un caciquismo rural cuya conciencia, negra como la noche obscura, les impide ver el resurgir esplendoroso de una nueva Humanidad y de una nueva vida...

A. GARCIA ATADELL

SILUETAS DEL MOMENTO

CAPRICHOS DE DAMA. — *En estos días nótase gran agitación entre la minoría radical, hasta el extremo de dar saltos en el vacío por no saber acomodarse en su verdadera posición. Trayectoria forzada por los acontecimientos, que dan la razón a los que pensábamos en la descomposición del ejército radical, mal dirigido por los generalotes, que van buscando el modo y momento oportuno para dar el «cuartelazo». (Me refiero a los generalotes Guerra del Río y Martínez Barrios.)*

¿Qué posición adoptarán en definitiva los «soldados» del caudillo radical? Es una incógnita que despejará el tiempo, porque hoy los equilibrios son tan grandes que difícilmente podemos decir de qué lado han de caer las pesas ideológicas de tan numerosa hueste. Pero rompe la tradición una dama, y con todos los respetos tenemos que decir que marcó una pauta en una reunión, donde salió gritando su disconformidad con los acuerdos tomados, parece ser, conducentes al voto de la mujer en las próximas elecciones. «¡Estoy harta de pasteleo!», dice Clara Campoamor. Y la exclamación es simbólica, porque desvirtúa decires de las gentes y afirma una posición de la diputada radical. Su oposición al pasteleo tiene la simpatía nuestra, porque jamás participamos de la opinión de que la vida política es cosa de confitería. ¡Se hizo un pastel! ¡Se confeccionó un bollo! Todo ésto repugnó a nosotros, y parece ser que tampoco tiene la aquiescencia de Clarita Campoamor, que, por lo visto, desea vivir las amargas aptitudes de la vida sin saborear las dulces confecciones del espíritu pastelero.

Y nada menos pretende, según frases en una sesión de Cortes, quedarse sola con Besteiro, y nuestro compañero, naturalmente, siente el rubor de encontrarse solo con una dama que, disconforme con sus compañeros, exclama: «¡Estoy harta de pasteles!» Porque D. Julián podía ser goloso; pero suponemos que no llegaría a engolosinarse en estos momentos en que es preciso no relamerse, para seguir teniendo la seriedad debida ante el país, que reclama la discusión de los presupuestos.

No vaya nadie a suponer que es menosprecio a la compañía; nada de eso. Cuando Clara Campoamor decía, con la sinceridad que la caracteriza: «¡Dejadme sola con el presidente!», era que sabía a ciencia cierta que era el único que la compadecía. Primero, porque es profesor; segundo, porque los años le hicieron estudiar las inquietudes de ambos sexos, dando «al César lo que es del César».

Un profesor de Lógica al frente de la Cámara tenía que saber de que se intentaba convencerle de la razón del pensamiento femenino. Pero Besteiro, muy cauto, pensó seguramente lo que el personaje del sainete: «¡A mí con ésas!» Y rápidamente rogó a los presentes que no le dejaran solo con la bella disertante, porque después sería difícil convencer a todos de que no había sido convencido.

Pero en todos los momentos existe un personaje que tercia, quizá por envidia de no ser el preferido, y en este caso un joven diputado se encargó de exasperar a la dama radical con una impertinencia, ya que por libérrima voluntad expresada por ella no quería discusión, sino el diálogo con un hombre que representaba la soberanía nacional, quizá el único que por su dulzura, cuando no se enfada, tenga la preferencia de la diputada, que sin querer le consideró como la belleza suprema parlamentaria, porque su corazón en aquel momento necesitaba ser comprendido, y nadie, a su juicio, podía ser el intérprete del mismo más que nuestro compañero Besteiro.

Tenemos que tener mucho cuidado los socialistas, porque sabemos dónde comenzó el caso; pero no podemos averiguar la terminación, ya que ahora D. Alejandro, que tuvo el monopolio del pensamiento de Clara Campoamor, al saber que ésta pide quedarse a solas con don Julián pedirá explicaciones, lógicas porque perder a ciertas edades la consideración femenina es grave, y Lerroux es hombre que apelará a todos los medios imaginables para impedir que con Besteiro dialogue la que antes acataba sus mandatos sin protestar. ¡Bueno sería tamaña pérdida! Sólo faltaba que mañana sintiera flojedad espiritual Salazar Alonso y también solicitara la compañía de Indalecio Prieto o de otro que supera interpretar fielmente su pensamiento.

Son crisis espirituales, que tenemos que prepararnos cuando en el seno de la minoría radical se produzcan, porque suelen tener gravedad, y en este caso mayor, porque se trata de una mujer; pero que evidentemente son consecuencia obligada de los cambios dados por don Alejandro, que suele tener una inclinación cada día, cosa que entre hombres tiene disculpa, pero cuando existe una mujer es peligroso, máxime sabiendo que ellas piden constancia, atributo que se encuentra en Besteiro; pero no en el de los bigotes enhiestos que acaudilla la minoría radical.

No se asuste Bestiero porque una dama solicite el diálogo, pues esto para nosotros es una virtud en nuestro camarada. ¡Quién sabe si quería confesar errores pasados! Porque cuando una mujer pide consejo es obligado dárselo; siendo máxima socialista encarrilar las almas inquietas, no al estilo religioso, tras la celosía y con espíritu mezquino, sino poniendo el corazón en la conversión del equivocado, aunque en este caso quizá no sea asunto de conversión, sino de simpatías, y no dudamos nosotros que Besteiro es simpático, sobre todo en aquel momento de la solicitud de Clara Campoamor desde el escaño del Congreso.

Y mediten los lugartenientes de Lerroux, para impedir el doloroso tránsito de su minoría, porque durante esta época sólo vivieron halagando a todos con el fin de desplazar a los socialistas, para que en un momento histórico una mujer se sintiera alejada de aquellos que fueron sus compañeros para caer en la franqueza absoluta, comenzada el día que habló de pasteleos y terminada en el instante en el cual se abandonó a los impulsos de su corazón y habló de dialogar con el presidente.

No queremos hablar de Pérez Madrigal, que la interrumpía, porque sabemos por qué lo hizo. ¡Qué más hubiera querido él, que se tiene por gallardo, que haberse cambiado con Besteiro! Porque Clarita Campoamor en aquel momento quizá recordara versos de Zorrilla y encontrara en nuestro camarada el D. Juan que la arrancara del convento radical para poetizar unos instantes al lado de pintoresco río, contra la tradición estúpida de la civilización presente, como si viviera en los tiempos del romanticismo clásico.

C. PEDROSA

Páginas revolucionarias

La sublevación de Kornilov

A fines de agosto se realizó el levantamiento de Kornilov. Este fué el resultado inmediato de la movilización de fuerzas contrarrevolucionarias.

En la célebre Conferencia de Moscú, en la segunda quincena de agosto, Kerenski prometió seguir una política transaccional entre las clases pudientes y los demócratas de la pequeña burguesía. Los bolcheviques estábamos fuera de la ley.

Kerenski fué aplaudido frenéticamente por los elementos de orden y acogido con un silencio traidor por los demócratas de la pequeña burguesía, y anunció una política de sangre y fuego contra los perturbadores bolcheviques. Pero las exclamaciones histéricas de Kerenski y sus amenazas no dejaron del todo satisfechos a los jefes contrarrevolucionarios. Veían con claridad la onda revolucionaria que avanzaba sobre el país, envolviendo a los obreros, soldados y campesinos, y consideraban un deber imperativo dar a las masas una lección inolvidable.

De acuerdo los ricos, que hicieron de él su héroe, Kornilov se aventuró a la empresa. Kerensky, Savinkov, Filoneko y otros socialistas revolucionarios que ocupaban el Poder o estaban cerca de los que mandaban participaron en el movimiento; pero traicionaron a Kornilov al darse cuenta de que la victoria del general los eliminaría.

Yo continuaba en la cárcel, y seguí el episodio en los periódicos, pues la única diferencia de régimen carcelario entre los tiempos del zar y los de Kerensky era que éste dejaba leer la prensa a los que estaban en mi caso.

La aventura del general cosaco fué un desastre. Seis meses de revolución habían inculcado suficiente ánimo y daban suficiente fuerza a las masas para rechazar toda tentativa contrarrevolucionaria. Los partidos coalicionistas se asustaron terriblemente por las consecuencias que pudiera tener la intriga de Kornilov, amenazadora no sólo para los bolcheviques, sino también para los grupos que dominaban el nuevo régimen. Los socialistas revolucionarios y los mencheviques creyeron entonces oportuno dar estado de legalidad al bolchevismo, aunque lo hicieron sólo a medias y con muchísimas reservas, para ponerse a cubierto de futuros peligros.

Los mismos marineros de Kronstadt, acusados de salteadores y contrarrevolucionarios después de las jornadas de julio, fueron llamados a la capital para que defendieran la revolución contra el peligro que la amenazaba. Acudieron sin tardanza, y, borrando el recuerdo de los anteriores agravios, tomaron el puesto de mayor peligro. Yo pude recordar entonces con toda justicia a **Tsereteli las palabras que dije cuando este hombre insultaba a los marineros de Kronstadt:** *«El día en que un movimiento general contrarrevolucionario quiera ahorcar a la revolución, los cadetes prepararán la soga y los marineros de Kronstadt vendrán a salvarla y a morir con nosotros.»*

El alzamiento de Kornilov encontró en todas partes un sovietismo lleno de vitalidad que se le opuso con todas sus fuerzas. Casi no hubo lucha. Las masas revolucionarias no hacían sino paralizar los movimientos del conspirador. Así como en julio no habían encontrado los coalicionistas un soldado de la guarnición que luchase contra nosotros en la capital, Kornilov no encontró un soldado del frente que avanzase contra la revolución. Todo lo que consiguió fué obra del engaño, y la acción de los propagandistas terminó muy pronto con la maniobra.

Juzgando por lo que decía la prensa, yo esperaba un desenvolvimiento rápido de los acontecimientos y la próxima entrega de la autoridad gubernamental a los soviets. El desarrollo de la fuerza y de la influencia de los bolcheviques era indudable, y acababa de recibir nuevo impulso. Los bolcheviques habían sido adversarios de la coalición, se habían manifestado hostiles a la ofensiva de julio, y, por último, habían anunciado el levantamiento de Kornilov. Las masas populares podían ver que habíamos acertado.

Durante los instantes críticos de la aventura de Kornilov, cuando la división Salvaje *del Cáucaso marchaba sobre Petrogrado, el soviet de la capital, con el consentimiento forzado del Gobierno, armó a los obreros. Los regimientos llamados contra nosotros se habían transformado en poco tiempo en la atmósfera ardiente de Petrogrado, y ya eran enteramente nuestros. La tentativa de Kornilov debió de abrir los ojos del ejército sobre la inadmisibilidad de una nueva inteligencia con los burgueses contrarrevolucionarios. Podía esperarse por lo mismo que a la derrota de Kornilov seguiría un esfuerzo inmediato de las fuerzas revolucionarias, guiadas por nuestro partido, para conquistar el Poder. Pero los acontecimientos se desarrollaron con más lentitud.*

A pesar de la intensidad del sentimiento revolucionario, las masas estaban poco animosas desde las jornadas de julio, y aguardaban pasivamente el llamamiento de sus jefes. Pero ellos también se mantuvieron a la expectativa. A esto se debió que la voz de alerta dada por la aventura de Kornilov, aun cuando alterara fundamentalmente en favor nuestro la correlación de fuerzas, no produjera cambios políticos inmediatos.

L. TROTSKY

Es que su señoría echaba de menos un plan de cultura popular, y yo tengo que decirle que éste es el órgano de que nos estamos sirviendo fundamentalmente para esta campaña de cultura estética popular, porque la cultura popular tiene un órgano específico, que es la escuela, y a la cual asimismo la estamos dotando y potenciando como hasta ahora no se había imaginado. A estas Misiones pedagógicas, con su última creación, el museo ambulante, les vimos actuar cuando inauguraban éste en Barco de Avila. Fuimos allí sin que nadie supusiera que íbamos a llegar. El sitio donde estaba expuesto el museo se hallaba lleno de aldeanos y de aldeanas, y unos y otras se encontraban emocionados ante la explicación que les era dada. Yo cogí a unos aldeanos por la cintura y les dije: «¿Cuándo habíais pensado que iba a haber un Gobierno que se preocupase de proporcionaros un rato de solaz, un noble rato de goce y de recreo como éste?» Y ellos declararon que, efectivamente, aquélla era una cosa nueva que les indicaba que algo completamente inexplicable para ellos había comenzado en la vida española. Efectivamente, algo muy hondo ha comenzado en la vida española, de lo cual, con mucha frecuencia, hasta quienes más encariñadamente debían mostrarse con la labor que se realiza, no solamente no aparecen encariñados, sino, desgraciadamente, desconocedores de ella.

(Del discurso de Fernando de los Ríos defendiendo el presupuesto de Instrucción pública.)

La historia de Lerroux

En La Voz *se ha publicado el siguiente artículo historiando la vida de Lerroux con una fidelidad que no podríamos superar, por lo que lo reproducimos:*

«El escándalo sube de punto. Las gentes de buena fe se preguntan: «Pero ¿qué es esto? Pero ¿qué es esto? Pero ¿qué es esto? ¿Cómo puede decir ese hombre, ni consentir que lo digan los que le siguen, cosa semejante?» Pues esto y lo otro y lo de más allá no es contradictorio, sino consecuencia. Consigo mismo.

Hubo un tiempo, que ya parece remotísimo, que sólo recordamos los más viejos, en que ese hombre sembró la discordia entre los republicanos. Como la unión se había logrado con muchos esfuerzos de transacción, pareció como que traicionaba. Hasta se le acusó por los incautos de favorecer el «divide y vencerás» del enemigo.

No había tal. Es que a él la división le parecía fecunda. Las cosas vendrían por sus pasos contados. Las cosas se han retrasado así treinta años. Pero no hay mal que por bien no venga. Esos treinta años han sido los de la sinrazón evidente de un rey imposible en sí y por sí y en las personas de sus descendientes.

Cierto que luego se le echó la culpa a ese mismo hombre, propulsor de secesiones y cismas, de la imposibilidad de resolver la cuestión catalana. Culpábanle en primer término los catalanes mismos. Porque había levantado bandera de insolidaridad, a título de español. Se atribuía a los gobiernos liberales el maquiavelismo propulsor de semejante conducta. Algo así como si le hubieran dicho: «Acaba con el brote catalanista y te reconoceremos tu imperio del Paralelo.» Es lo cierto que contra la posibilidad de un catalanismo integral el hombre gritó: «¡Vista a la izquierda!» Y desarticuló el movimiento.

De allí a poco el calendario barceloní se tiñó, en la aurora roja de una primera quema de conventos, con la sangre de Ferrer. Había que dar marcha atrás. Y el revolucionario subversivo de los velos monjiles y de los votos de las novicias afrontó la maledicencia de quienes atribuían — con mala fe, claro — a un su correligionario, tenido siempre por acreedor a su reconocimiento político, nada menos que la delación del fusilado de Montjuich.

Más había que sacrificar y más sacrificó. Cuentan que el Gobierno de Madrid le pidió que se desacreditara políticamente. A cambio de lo que hoy llamamos «control» de los actos gubernamentales. Puesto que no era posible la República, ni conveniente que los republicanos se quedaran visiblemente descabezados, lo mejor era convivir. Nuestro hombre, viva estampa del espíritu de sacrificio, se rindió a la evidencia y accedió a renunciar a la masa que lo seguía en Cataluña. Puesto que los posibilistas catalanes se avenían a contemporizar, y el rey prefería la trampa adelante al juego limpio, no era prudente continuar alimentando ilusiones revolucionarias. Ni otro modo de evitar el ímpetu arrollador de sus secuaces que resignarse a padecer en su opinión. Consintió entonces que sus amigos más denodados se desprestigiaran en los negocios más feos del Ayuntamiento de Barcelona.

Y llegó la guerra. Europa se partió en dos. España, por convicción y porque no podía hacer otra cosa, se declaró neutral. Nuestro hombre entonces sacrificó una vez más su popularidad. Y bien seguro de que su voto no había de contar — porque él, como ser, es pacifista a ultranza —, se declaró partidario de la intervención, en pro y a la zaga de los aliados, como cualquier Portugal.

Entre tanto, y por más que sus vestales atizaran los baseros de los comités provinciales, locales y de distrito, padecía su caudillaje entre las gentes de buena fe. Los recién llegados, los jóvenes, desconfiaban de ningún cambio de régimen con el peso muerto de tanto cambalache, de tanto gitaneo, de tanto toma y daca tan de vieja, de decrépita política. Los socialistas sobre todo, fieles a normas de austera rigidez personal, dudaban, se resistían. Los intelectuales agrupados con Ortega y Gasset, Pérez de Ayala y Marañón renegaban de todo maridaje — contubernio se les hacía — con el hombre aquel.

Alguien hizo ver que aquel hombre llevaba sacrificándose tantos años cuantos hacía que militaba en la política. Y la unión se hizo. Y la revolución. El hombre firmó todos los pactos, todas las leyes previas, se resignó a no gobernar las elecciones.

Un día, de repente, por sobrada cautela, por exceso de cortesía, por no decir él la última palabra en la cuestión religiosa que se debatía en las Constituyentes, dejó correr un turno. Al día siguiente renunció a la mano de doña Leonor y permitió que por quince días, por un mes, por poco más — uno de sus fieles daba con precisión la fecha y la hora —, otro que no él presidiera el Gobierno de la República. De esto hace un año, un mes y un día.

Desde entonces parece como que no da una. Es que, consecuente consigo mismo, sigue sacrificándose.

El Gobierno y la República misma necesitaban que la vaga insensatez de los contrarrevolucionarios monárquicos tomara cuerpo de delito. Y él se presta — públicamente, en medio del ruedo de una plaza de toros — a dictar el manifiesto del 10 de agosto en Sevilla. El día 11 su actitud era de inequívoca adhesión al régimen y a los gobernantes. Como no podía menos.

Unos meses más, y el Gobierno necesita de una oposición disparatada que fortalezca su constitución. Ni el propio Sr. Maura — tan disparatadamente simpático — se presta al juego. El, sí. El lo arrostra todo. Y arrastra a sus amigos. Y a sus amigas. Votan — para que no digan los monárquicos que los republicanos todos somos unos — en contra de los presupuestos de Guerra, que corroboran, afirman, ratifican y consolidan las leyes militares, fundamento de la seguridad de la República. El, el hombre que por intervencionista estuvo a punto de ser linchado en Irún en 1915, consiente que sus amigos hinchen el perro de una guerra fantasma. El del principio de autoridad jalea la amenaza de huelga sindicalista, como antes la revuelta militar. Todo, ¿por qué? Pero ¿qué es esto?

Muy sencillo. Porque no quiere gobernar. Y teme que cualquier día lo llamen al Poder — todo es querer de verdad —. Y él, ya lo ha dicho, no tiene apetito. Se le han quitado las ganas a fuerza del régimen a que — después de todo — se ha sometido.

Ya se lo dijo su médico — un señor que parece su «doble», como «El otro», de Unamuno, y que, según cuenta la leyenda, le ha servido en cierta ocasión revolucionaria para escapar en las mismísimas barbas de la Policía —. Ya se lo dijo su médico: «Si quiere usted curarse — ¿de espanto? —, lo primero, dieta rigurosa.»

UN CURIOSO IMPERTINENTE»

El obrero de choque en Rusia

"Nuestra primera salida de hoy nos conduce directa mente a una fábrica de motores Diesel y de tornos, cuyo nombre es «Fábrica del proletariado rojo». La arquitectura, como debe suponerse, es la nueva arquitectura soviética: racionalista, similar en bastantes puntos a la arquitectura actual de Alemania; pero más audaz y valiente que ésta. En Moscú son muchos los modelos de esta novísima arquitectura, en fuerte contraste con la que fué típica de la gran ciudad, que pueden ser examinados, ya que cada uno, con su finalidad distinta, realiza un ideal de estética moderno. Ya nos referiremos a este aspecto de Moscú, digno por sí solo de más detenida atención. Hemos de atender ahora a las explicaciones que nos suministran el director y el ingeniero director de la fábrica que nos hemos propuesto visitar. Con el plano de la factoría a la vista, los directores nos suministran cuantas noticias consideran útiles para una buena información. Actualmente la fábrica produce 300 máquinas mensuales y ocupa, en sus tres turnos, a 2.700 obreros. En puridad, lo que hace la factoría es ajustar las piezas y montarlas. Motores de 25 y 50 caballos, con arreglo a la patente alemana Otto Deutz. Entre los operarios de la fábrica hay un crecido número de mujeres; lo son las que conducen las grúas y las que cuidan de dar a los tornos los últimos toques para una normal presentación. Como en toda fábrica rusa, no faltan, naturalmente, las llamadas gráficas al entusiasmo para producir más y mejor. Toda la atención rusa se concentra en ese punto. Necesidad de intensificar la producción hasta abastecer convenientemente el mercado nacional, el enorme mercado nacional. Esta preocupación anula todas las demás, y así, a primera vista, uno recibe la impresión de que la organización de la fábrica no es perfecta. Los tres ingenieros que forman la expedición, señores Maluquer, Arvilla y Pi y Suñer, están conformes con ello: la organización íntima de la factoría no está muy de acuerdo con una racionalización eficiente. Lo denuncian pequeños detalles. La hora de nuestra visita nos de las más afortunadas. Deducimos que estamos en un momento de descanso, a juzgar por los obreros que se dedican a mirar el trabajo de sus compañeros, a los que atienden al banco de pruebas... Mujeres de músculos endurecidos, con la ropa sucia de la faena, el cigarrillo en la boca, cuidan de su labor y nos dedican, principalmente las jóvenes, una mirada de curiosidad. Somos, en la disciplina de la fábrica, tipos raros. Notamos la presencia de muchachos con el uniforme del ejército rojo, y, para cortar toda sorpresa, se nos explica que se trata de soldados desmilitarizados, que pasan, de una manera automática, a ocupar sus plazas de trabajadores. Familiarizados con la iconografía comunista, no nos ha sorprendido ver en las paredes de la Dirección los tres retratos de rigor: Lenin, Stalin y Kalinin; en cambio en los talleres abundan los carteles de propaganda, juntamente con otras indicaciones, como la producción conseguida en el mes anterior y aquella otra, superior, a que debe aspirarse. No es esto todo. Hay una caja de iniciativas, con su correspondiente cuadro explicativo. La cosa no es, ciertamente, nueva. Es frecuente ver en las factorías norteamericanas esa misma caja, que invita a los operarios a proponer fórmulas de producción más ventajosas, estimulándoles con la promesa de una parte de las economías que se logren en virtud de su proyecto. Y algo más, cuyo antecedente puede ser encontrado en las minas de Vizcaya: la formación de equipos, enunciados en una pizarra, para competir en un mayor rendimiento. La diferencia está, huelga hacerlo constar, en que los obreros que aquí aceptan reñir un campeonato de esa naturaleza lo hacen en beneficio de la colectividad, en tanto que en las minas de Vizcaya tales competiciones beneficiaban exclusivamente al dueño de la mina. Mas no queda aquí la cosa. Todo el interés del Estado y de la fábrica está en incrementar, cuanto sea posible, la producción. Este es el gran interés y la consigna que radian constantemente a todas las factorías de la Unión los centros directivos del comunismo. De ese interés ha nacido un tipo de obrero especial, llamado de «choque», encargado de dar ejemplo a sus compañeros. Estos obreros de choque se intercalan de una manera estratégica en todos los trabajos, y su misión se reduce a hacer cien piezas cuando el obrero normal hace noventa; superan siempre la marca corriente, al solo objeto de estimular a los demás. Parece, y ello no deja de ser natural, que el resultado deseado se logra. El obrero de choque comunica su entusiasmo y su ardimiento al resto de los trabajadores, y mediante los varios procedimientos discurridos para presionar el entusiasmo, las fábricas aumentan su rendimiento. Se puede sospechar quiénes son obreros de «choque»: los jóvenes comunistas, inflamados de una pasión extraordinaria, poseídos de una verdadera fiebre creadora. Espero que más adelante se nos presentará ocasión de notar hasta qué punto interviene en la génesis y desarrollo de ese entusiasmo un sentimiento de nacionalismo extremado. Este solo tema vale por una crónica entera, y merecerá la pena que le dediquemos bastante atención. De momento será suficiente con presentar a los obreros de choque de la «Fábrica del proletariado rojo». Entre estos obreros, jóvenes, naturalmente, hay varias muchachas, una de las cuales ha merecido el honor de ser propuesta como modelo excepcional de laboriosidad. Muchachas y muchachos que después de posar para nuestras máquinas fotográficas, al lado de la pizarra de los campeonatos, se desparraman risueños por la factoría, en espera de reanudar la tarea. Obreras y obreros que se han familiarizado con los nombres de los teóricos del Socialismo, y que tienen puesta toda su ilusión en la plenarealización de ese ideal."

Julián ZUGAZAGOITIA

(Del libro «Rusia al día».)

Pestaña, víctima de su obra

Pestaña ha pronunciado un discurso en el Ateneo. Es el primero después de su expulsión de la Confederación Nacional del Trabajo. Pero Pestaña ha hablado como si este episodio no hubiera ocurrido. En plan de mentor de la Confederación Nacional del Trabajo. La plataforma no es adecuada. A no ser que la Confederación Nacional del Trabajo esté disgregada en múltiples grupos y todavía haya alguno de éstos que admita la jefatura del venido a menos. Pero el caso es otro, y lo que vamos a destacar, distinto. La orientación del discurso tiene un sentido conservador que no desdeñaría para los suyos el presidente de la Confederación de Sindicatos Católicos. Nunca hemos colocado a nuestra izquierda, ni en el terreno teórico ni en el de la acción, a los sindicalistas, a los que consideramos elementos contrarrevolucionarios. Pero ahora de seguro que ni Madariaga mismo los creerá extremistas de izquierda, por lo menos a Pestaña.

Este comenzó su discurso diciendo que antes el Sindicato sólo «planteaba reivindicaciones de tipo económico y relegaba la lucha política a los partidos. Hoy esto ha variado un poco.» De forma que el líder sindicalista ya no sostiene en su integridad el apoliticismo de los obreros. El hecho significa una renunciación, una abjuración de los antiguos ideales. Pestaña intenta significar más claramente su discrepancia con los anarquistas adoptando este matiz. Pero abjura así de su historia de apolítico, de denostador de las políticas de todo linaje en que se han educado las fuerzas de choque de la Confederación Nacional del Trabajo, que, naturalmente, encontrarán ahora incomprensible la actitud del ex jefe. En su abjuración ha llegado a proclamar que la República es una etapa política superior a la monarquía. Y al decir que en el orden social hay escasa diferencia reconoce alguna. «Implantada la República — dice —, continuamos hacia nuestro triunfo.» La frase nos la ha copiado. Claro que entre los sindicalistas y nosotros, a este respecto, hay una diferencia, y es que nosotros trabajamos por la República, y ellos trabajaron y trabajan en contra.

Sigue Pestaña incurriendo en errores y haciendo una caprichosa definición del marxismo y del comunismo. La erudición doctrinal del ex líder de la Confederación Nacional del Trabajo es bastante rudimentaria, a juzgar por sus palabras. Tan complicada como todo el cuerpo doctrinal del sindicalismo, que nadie ha podido hallar claramente al través de actuaciones tan contradictorias. Y lo peor es que a esa complejidad ha añadido Pestaña otras en su discurso. Véase este párrafo suyo:

«La modificación social la harán los trabajadores, y nosotros estimamos trabajador a todo aquel que presta un servicio útil a la sociedad: campesino, obrero, intelectual, artista... Establecemos esta organización sobre tres hechos:

1.º Los Sindicatos.
2.º La Cooperativa.
3.º El Municipio.

En este último punto, nosotros, los sindicalistas, somos pimargalianos. El Estado no se descentraliza mediante el actual movimiento autonómico. Donde había un Estado se coloca otro. La Confederación Nacional del Trabajo es federal, y pide que el Poder se entregue a los Municipios.»

Ya lo saben nuestros lectores. ¡La Confederación Nacional del Trabajo es federal! Todo llega en la vida. Antes vivíamos inquietos, abatido el espíritu por negras sospechas. Ahora ya no; ahora nos explicamos cómo, por ejemplo, votaron a Barriobero en las elecciones a Cortes los sindicalistas de Gijón. Nos lo explicamos a medias, puesto que la Confederación Nacional del Trabajo sólo admite la existencia de Municipios y las elecciones no eran municipales. Pero esto no es lo importante. Lo importante es que los sindicalistas — los que siguen a Pestaña, por lo menos — ya no son opuestos al Estado. Reconocen que el comunismo libertario no es, por ahora, posible, y que es preciso ir a la organización de la sociedad sobre tres bases, entre las que está el Municipio. Esto significa la aceptación del Estado. Porque si se parodia a los soviets pidiendo que el Poder se concentre en los Municipios, si esta fórmula pudiera lograrse, el Municipio pasaba de hecho a ser un Estado; con mayor o menor amplitud, con unas u otras atribuciones; pero, en definitiva, un Estado. No vale darle vueltas. Es más: esos numerosos Estados no podrían vivir sin el apoyo mutuo, sin la creación de un órgano de coordinación, que, más tarde o más temprano, se convertiría en un Poder por encima del de los Municipios. De donde se deduce que Pestaña reconoce lo que ha estado negando toda la vida, en una negación que es el nervio vital de la táctica de la Confederación Nacional del Trabajo; es decir, la necesidad de crear una democracia proletaria y unos poderes proletarios capacitados para sustituir a los del Estado capitalista. Pero Pestaña no tiene la gallardía suficiente para adoptar una actitud rotunda. Y va largando amarras de sus antiguos correligionarios, separándose con lentitud, envolviéndose en las nieblas del sofisma, de la confusión teórica, para que no se le vea la maniobra. Pestaña va firmando poco a poco su propia sentencia. Propagador del sofisma, creador de un organismo por y para el sofisma, se debate ahora en las últimas contradicciones de su vida pública, que se apaga. Pestaña es la víctima de esa obra absurda que él mismo construyó, y cae cuando se desmorona el absurdo.

Gráfica Socialista
San Bernardo, 92